

CARNE SABROSA

Francesc Xavier Parera Gutiérrez

CARNE SABROSA

I

Una vergonzosa historia que se comentaba en Estados Unidos antes de la Guerra de Secesión fue inmediatamente callada e ignorada por la compleja Administración, la Policía y los diarios por motivos piadosos y éticos. La causa: la alegre y despreocupada aristocracia de los estados sureños se sentía mal cuando se hablaba del Dr. Mark Brown y las posteriores consecuencias de sus macabros experimentos. Ahora, en el siglo XXI, no sabremos nunca si aquella enfermedad desapareció o los casos conocidos son aislados y no tienen ninguna relación con la siguiente narración.

He podido reconstruir la historia entera por declaraciones de testigos del momento, pero tuve serios problemas para reunir la documentación necesaria, pues muchos archivos se quemaron o desaparecieron durante la Guerra Civil Norteamericana y la Policía escondió piadosamente algunos informes médicos también.

El Dr. Mark Brown descendía de una poderosa familia de Richmond, propietaria de una mansión, llamada Port Law, terrenos divididos en extensas plantaciones de algodón y azúcar y esclavos negros. Sus antepasados ya llegaron en el barco Mayflower (1620) cuando los ingleses puritanos de carácter más radical huyeron de los defensores anglicanos para instalarse en las colonias. Así se formó Massachussets. Su bisabuelo contribuyó de un modo decisivo en la Independencia con George Washington y Thomas Jefferson entre los años 1775 y 1783 de contienda hasta la Paz de Versalles.

El individuo era alto y excesivamente delgado. Su rostro marcado por ojos saltones y prominentes pómulos recordaban la apariencia de un cráneo. Su cabello de color dorado coronaba aquel ser de repulsivo aspecto. En años posteriores la gente de la región reconocía que sentía cierto rechazo por su cara y luego por su extraño carácter.

Forrest, un compañero del colegio donde estudiaron juntos, describe su primera impresión:

“Parecía un buen camarada, pero después de tratarlo con tiempo veías que la traición y la envidia dominaban su dominante actitud. En las clases, en el claustro o en patio nos daba miedo.”

Lady Estella, una conocida dama de la alta aristocracia, ahora envejecida, nos lo dice:

“Su presencia no era agradable. Cuando las muchachas de Richmond veían cómo acudía a fiestas, se procuraban mantener alejadas de él. Además su carácter tampoco no era atrayente. En algunas ocasiones se notaba cierto sadismo en sus palabras y tenía extraños cambios de humor.”

El ex esclavo de raza negra que respondía con el nombre de Black Fox habla de aquel individuo cuando era todavía un niño:

“Su constante presencia nos creaba un creciente temor. Con frecuencia acudía también a las plantaciones para reírse de nuestro pueblo, de nuestras obligaciones e incluso nos amenazaba con estas palabras: “Cuando sea mayor y yo mande en esta casa os haré trabajar más y si os negáis, os castigaré cruelmente. En una ocasión un carro pasaba con unos pesados fardos de paja y aconsejé amablemente que el niño se apartara del camino. El hijo de Robert Brown, el cruel amo, tomó aquel gesto como un insulto y pronto habló con su padre y éste se encargó de darme varios latigazos en un claro del bosque, en una humillante escena alrededor de familiares y amigos. Estos castigos aumentaron y el señor de Port Law no tenía tiempo para impartir las sanciones y el massa o capataz volvió a recuperar su cargo.”

“En otra ocasión se escuchaba ladridos de los perros de la hacienda. Se decía que le gustaba maltratar, molestar o insultar a los animales. Los más pequeños eran objeto de burlas y fuertes patadas. Una vez ahorcó a un inofensivo y hermoso gato que tenía la dueña. El enorme y orgulloso dogo que vigilaba la casa dañó al niño un día y su padre no dijo nada. Transcurrieron un par de semanas y el pobre can, que solamente se defendía de las afrentas del peligroso niño apareció muerto, envenenado porque en su boca encontramos espuma. El amo echó la culpa a nuestros hermanos de raza y fuimos castigados severamente. Otros dicen que el hijo le dio un día carne con sustancias altamente tóxicas. ¡Era horrible!” (Cuando el antiguo esclavo se lamenta con esa exclamación se cubre el rostro con sus manos.)

Trudy, la aya o mammy de excesiva corpulencia y de raza negra que se encargó de él durante sus primeros años de vida, declaró en sus últimos meses de vida cómo era el muchacho:

“En realidad aquel niño nos daba miedo con su mirada de semblanza maligna. Intentamos cuidarle en su infancia, pero siempre fue rebelde. Durante su adolescencia me amenazaba. Repetía que me iba a despedir o que sería asesinada. Si respondía de manera contraria a sus deseos o

mis palabras no eran los aduladores comentarios que él quería oír, llamaba inmediatamente a su padre y recibíamos mi marido y yo fuertes latigazos.”

Después de leer y revisar las pruebas médicas y las declaraciones del momento, el Dr. Lawson, prestigioso médico en Psicología por la Universidad de Iowa, añade las siguientes palabras en un reciente informe publicado en el año 2001 en una revista de Medicina.

“Deduzco que el niño debía ser un pequeño Calígula en la mansión de Port Law. Opino que además debía tener miedo su propio padre, pues nunca castigó al pequeño y toleraba sus caprichos. Y él, que sabía que sus palabras eran auténticas leyes, se sentía como un rico hacendado más. El perfil psicológico del heredero Brown se forjaba en su infancia para desarrollar en su adolescencia fuertes trastornos de personalidad. Estoy seguro. No se puede explicar ese constante sadismo en las personas más débiles y los locos experimentos que realizaba. También juega en esta faceta de su vida su adicción al riesgo. Me explicaré... parecía que le gustaba que fuese sorprendido en sus investigaciones y todavía llevaba sus citados experimentos hasta alcanzar extremos enfermizos. Y después, cuando era descubierto finalmente, en ciertos casos desconocía qué hacía o lo negaba de un modo compulsivo. Realmente nos encontramos ante un psicópata que dejaría a un lado los crímenes del célebre Jack el destripador.”

Pero Brown no sentía nada por las personas, ni por los venenosos comentarios que se murmuraban sobre él, ni por sus propiedades. Cuando murió su padre y heredó su fortuna, se dedicó a su profesión, la Medicina. De hecho antes ya había estudiado la carrera a Baltimore con un notable historial y fue destinado como prestigioso facultativo en la Academia Militar de West Point. Tenía cuidado de los soldados enfermos, sabía de Anatomía, pero aparte y escondido en una cabaña de madera, cerca del recinto se dedicaba a descabelladas pruebas y experimentos sobre el metabolismo humano y los animales, en especial el sistema de glándulas de los perros agresivos.

El prestigioso Dr. Malwert, que fue su profesor, habla de él con cierto miedo:

“Quizás era el alumno más aventajado y disciplinado que el resto de su clase y curso y que yo trataba en la Facultad. Su capacidad para asimilar conocimientos rápidamente eran asombrosos y sus esfuerzos por aprender y mejorar eran formidables, sin embargo podía saber mucho de Anatomía, pero no entendía nada sobre los sentimientos humanos.”

Los misteriosos acontecimientos por los alrededores de West Point con el Dr. Brown como protagonista se alargaron diez meses.

Un oficial, que prefirió mantenerse en el anonimato, declaró:

“Con frecuencia salía de su habitación por la noche y se encerraba en aquella casa. Se oían ladridos y lamentos. No se podía hacer nada contra él porque era amigo del hombre que dirigía la academia”.

Fue despedido de West Point cuando unos curiosos soldados vieron un día las horribles operaciones que realizaba en aquella casa. Dos jóvenes militares huyeron una noche para tomarse unas jarras de cerveza en una taberna cercana, un hecho que estaba sancionado.

Roberts, uno de ellos, lo explica con cierto temor:

“Thomas y yo escapamos una noche de invierno al local de Herbert. Estaba prohibido por las ordenanzas militares y la rígida disciplina de la academia. Por tanto abandonar el recinto para estos menesteres era un delito y el castigo era duro. Cuando regresamos alegres vimos aquella misteriosa cabaña con las luces encendidas. (En esos momentos el testigo tiembla.) La macabra escena que mi amigo y yo contemplamos nos cubrió de miedo e incluso vergüenza. En una sala había tubos de ensayo, vísceras sobre estanterías y bandejas, libros de Medicina abiertos y manchados de sangre. En un extremo se hallaba un hombre sobre una mesa de operaciones con el abdomen abierto. A su lado había una mesa más pequeña con un perro abierto también en las mismas condiciones que el ser humano. El Dr. Mark Brown extraía sangre de ambos cuerpos. Luego reconocimos el cuerpo de la víctima. Se trataba de Blamont, un viejo mendigo, que rondaba por los lugares y desapareció misteriosamente hacia días. No se sabía nada de él y pensamos que había muerto de hambre y frío en el bosque.”

II

El médico regresó a la mansión de su hermano, quien mandaba en la plantación. Steve odiaba la tranquila vida del sur y, después de cobrar su correspondiente parte de la herencia, marchó a Europa. Así Mark Brown se quedó con aquellas propiedades e instaló unas cámaras subterráneas en la casa para reanudar sus experimentos.

Un ex esclavo, Trivell, habla con miedo de este tema:

“El amo se encerraba durante horas en aquellas estancias y no salía hasta la llegada del sol. Iba cubierto de harapos y sudor. No tenía

cuidado en sus negocios y dejó la contabilidad a un importante Administrador de Virginia.”

Preocupadas sus amistades por su estado de salud, recomendaron que pasase unos días de vacaciones a casa de Mr. Hobson, antiguo profesor de Medicina de Baltimore y amigo de Brown. Tenía una hermosa hija. Annette era el su nombre. Parecía una muñeca de porcelana, piel blanca, cabellera larga, rizada y negra, ojos azules. Una dulce sonrisa acompañaba sus gestos. ¿Qué más podía pedir un hombre a una mujer? En un palco del Teatro de Baltimore, mientras asistían a una representación de la Sinfonía Fantástica de Berlioz, el demente Brown y la frágil muchacha declararon su amor con pasionales besos.

En una carta escrita por ella a un amante, pues antes de su noviazgo y boda con el médico sus amantes –hombre y mujeres- eran numerosos, dice:

“Fue una velada magnífica. Durante el concierto me dijo palabras maravillosas y una muchacha como yo, de gran sensibilidad, no se podía negar a su amor. Creo que es el hombre que dará sentido a mi vida, por tanto debemos de dejar nuestra relación...”

La vida de Annette era escandalosa aunque se intentaba callar por familiares y discretos amigos.

Dos meses después se celebró la boda en la misma mansión del loco. Acudió la aristocracia de Virginia y un delegado del propio presidente de los Estados Unidos. La feliz pareja terminó un breve viaje por Europa y regresaron a inmediatamente a Port Law. Y allí el médico continuó sus pruebas. Los rumores de la gente decían que ella ya sabía a qué se dedicaba su marido y estaba de acuerdo con sus ideas. Paradójicamente, la débil imagen que Annette daba, no correspondía a la realidad. Se decía que disfrutaba recibiendo y repartiendo latigazos y Brown consentía aquellos juegos de sadomasoquismo.

Trivell nos habla de esos angustiosos momentos:

“En determinadas noches cuando el amo no acudía a su laboratorio, ni se encerraba para proseguir sus experimentos, permanecía en la habitación dormitorio con su esposa. Los mayordomos y las doncellas escuchábamos con frecuencias gritos de dolor y placer que se acompañaban a intervalos por el desagradable sonido de una fusta, la misma que empleaba Lady Annette para golpear a su yegua cuando realizaba sus largos paseos por los terrenos. Nosotros no nos queríamos entretener en los asuntos de los dueños y preferíamos ignorar los hechos porque si interveníamos, nos exponíamos a serios castigos.”

La aya Trudy añadió la siguiente declaración:

“Con frecuencia veíamos a la señora y al amo con pequeños golpes, hematomas y leves heridas. No preguntábamos que había sucedido ante sus severas miradas, pero deducíamos que se torturaban mutuamente en esas sesiones nocturnas. En una ocasión mi nieto preguntó a Lady Anette si se había caído al suelo y se había lesionado. Yo estaba delante y me horroricé. Temí por un momento que el niño fuese golpeado con saña con el látigo. Sin embargo no obró de ese modo. Sonrió, acarició su rostro y se limitó a decir que no era nada. Aquella extraña y contradictoria reacción fue muy comentada entre las diferentes familias de esclavos que trababan allí.”

El antiguo capataz, Massa Herbert, comentaba muy asustado:

“Lady Anette participaba en los castigos que se aplicaban a los esclavos rebeldes. Y ella misma tenía una increíble habilidad con el látigo.”

También se hablaba que estaba enferma y que necesitaba que le dedicasen bastantes horas al día en las relaciones íntimas. Y así seguía la tranquila vida a Port Law.

Trivell, el ex esclavo antes mencionado, vuelve a hablar sobre ellos:

“En la apariencia externa parecía una pareja saludable, amable, simpática. La señora siempre sonreía. Salían por las mañanas y por las tardes a pasear a caballo por los alrededores de la mansión. Cuando iban a la ciudad para los caros y costosos caprichos de Lady Anette, la gente veía al matrimonio con una actitud normal que no levantaba sospechas en ningún momento. Y el amo cumplía los deseos de su mujer con joyas de oro, diamantes, vestidos...”

Mira, una hija mentirosa compulsiva y tan manipuladora como su padre, que tuvieron de ese monstruoso matrimonio, defendía con orgullo a su familia después de la Guerra de Secesión. Decía:

“No sé por qué estabais en contra de ellos. En aquella mansión la vida cotidiana era normal. Los hechos que nos movían eran sucesos pasables. Pienso que la gente se inventaba crueles mentiras porque no entendían el inteligente cerebro de mi padre.”

La mujer se quedó con el transcurso del tiempo sin amistades, su

matrimonio fracasó, pues su marido se cansó de su manipulador y amenazador carácter. Sola y amargada en sus últimos años de vida, murió de una enfermedad venérea en una aislada cabaña de Baltimore.

Entonces sucedió otro acontecimiento que sacudió Richmond. Los sepultureros y predicadores de iglesias observaron que profanaban las tumbas y se llevaban los cadáveres recientes, cuerpos que habían fallecido en menos de doce horas. Y por esas fechas la gente de la ciudad veía que paseaban pocos perros por las calles. La Policía -como siempre- no encontraba a un culpable y pusieron agentes disfrazados en los cementerios. Y una noche de enero detuvieron a cinco esclavos negros y al Dr. Brown cuando abrían un ataúd .

Tigger, el mayordomo, aclaró a las autoridades su inocencia con estas palabras:

“No podíamos hacer nada. Si nos negábamos a participar en sus abominables incursiones, nos castigaba con latigazos o con hacer serio daño a mi esposa y mis hijos.”

Las declaraciones de los otros cuatro individuos coincidieron. Solamente eran víctimas de su retorcido cerebro y no eran cómplices. En la prisión el médico afirmó con increíble tranquilidad que realizaba pruebas con muertos y eran enterrados en un bosque después. ¡Falso! No encontraron nada, pero no era el momento de formar un tribunal y castigar sus delitos porque por aquellos días estalló la Guerra de Secesión. Dicen que Annette se quedó en Port Law con esclavos y servidumbre para llevar la casa mientras él obtuvo la libertad con la ayuda de sus destacadas amistades. A cambio fue destinado como médico de campaña. Con frecuentes permisos regresaba unos días a ver a su sufrida y desesperada esposa y prosiguieron los saqueos en cementerios, pero la gente estaba más preocupada de la tensión belicosa que molesta por ladrones de tumbas.

Otro episodio causó una cierta sorpresa en aquellos difíciles tiempos... Durante las épocas de duras contiendas escasea siempre la comida, se requisan alimentos para los soldados y el pueblo sufre las consecuencias del hambre. Irónicamente en los Estados del Sur entre la gente y los pocos restaurantes para aristócratas y ricas familias se servía una excelente carne y no faltaban provisiones derivadas de ella. Los felices clientes devoraban aquel apreciado producto con enfermiza pasión. Después se comentaban casos de canibalismo. Unos hombres y mujeres mataban a sus víctimas para comerlas. ¿Qué pasaba? De momento el Gobierno restó importancia al asunto, pero a continuación aumentaron los asesinatos y no eran provocados solamente por el hambre. Matrimonios, campesinos, ciudadanos y hasta soldados y capitanes devoraban la carne humana de sus familiares o de desconocidos que pasaban en aquel momento en solitarias y oscuras calles, en mansiones, desiertos caminos...

Los mejores facultativos estudiaron a los depredadores y a sus

víctimas y detectaron que en común tenían una extraña sustancia en la sangre que les obligaba a matar seres humanos para comerse la carne. Las autoridades tomaron medidas y muchos enfermos de este tipo cayeron en asaltos por las balas de la policía y otros fueron encerrados en manicomios criminales. Cuando intentaban evitar estos casos, más aumentaban. Y en un permiso, el médico loco fue cogido otra vez en un cementerio. Ahora no podía huir de la prisión.

Acabó la guerra y, mientras reconstruían el país, la Justicia reanudó el expediente de Brow. Por aquellos días, su esposa fue encerrada en otro manicomio porque su enfermedad para tener relaciones físicas rozaba la demencia.

Entonces el médico explicó ante el Tribunal la segunda versión, la auténtica historia con una increíble tranquilidad, como si no hubiese hecho nada:

-...Y en realidad, mis experimentos son venganzas contra la atrasada sociedad –proseguía el doctor-. Mis estudios sobre glándulas y células de perros con instintos caníbales tuvieron buenos resultados e inyecté en la carne muerta de los humanos este virus. A continuación, mis ayudantes y yo descuartizamos los cadáveres, congelé las piezas y mis amigos las introducían en las carnicerías y otras tiendas antes y durante la guerra. ¡Ah! La gente la compraba con el citado el virus dentro y, después de comerla, se convertían en antropófagos. Me río de ustedes porque ahora la enfermedad se está extendiendo por Europa también. ¡Seguro!

El doctor King, inminente especialista en Endocrinología y Metabolismo por la Universidad de San Francisco, ha estudiado el caso, ha leído los diversos informes de los médicos de la época, las declaraciones de los aterrorizados testigos y se aventura a dar una hipótesis que expuso en un programa de entrevistas de una importante cadena de Estados Unidos. El programa, que se emitió el 4 de mayo de 2005 por la noche, subió el índice de audiencia, dejó consternada a la población norteamericana por la elocuencia de sus investigaciones y por supuesto despertó numerosas polémicas. Dijo:

“...En el cerebro humano tenemos la glándula hipotálamo que actúa como integrador del sistema nervioso y además regula el hambre y la distribución de glucosa, ácidos y grasa. Pusiese ser que el Mr. Brown encontrase o descubriese un potente virus de maligna naturaleza, fuese extraído o preparado de las glándulas similares de perros asesinos o caníbales y lo aplicase en los cadáveres desenterrados. Luego él se encargaría de conservarlos debidamente a una temperatura adecuada. De ese modo esa sustancia de desconocido origen para nosotros permanecería como dormida en la sangre y en las células. Sí... como en un estado de letargo.

“Cuando esa carne era retirada de las neveras de los almacenes y se repartía en carnicerías, en restaurantes e incluso para las tropas durante la guerra, el proceso de cocción de la citada carne despertaba ese misterioso virus que actuaba sobre el ser humano de la siguiente

manera. Atacaba severamente el hipotálamo lateral y la porción ventromedial y con eso causaba irreversibles irregularidades en la temperatura y en el sueño de la personas depredadoras. Eran los primeros síntomas. Pero era más importante el daño que efectuaba sobre el control de la saciedad y por eso sentían la constante necesidad de devorar carne humana, esa necesidad provocada por esa sustancia que descubrió el demente.

“En cierto modo no se puede ver como una historia fantástica. Pudiese ser una macabra realidad porque en el complejo mundo de la Farmacología existen medicamentos antidepresivos y tranquilizantes que provocan hambre y sus sustancias atacan el hipotálamo para provocar en el paciente una sensación de bienestar. ¿Por qué el doctor Brown no encontró esa clave para la Medicina?

“Lógicamente él encaminó sus experimentos para hacer el Mal a la sociedad, no investigó para mejorar. Esa maldad respondía a su demente carácter y sus trastornos de personalidad como dice mi colega Mr. Lawson.”

Sin embargo regresemos otra vez a la segunda mitad del siglo XIX e imaginemos la escena del acusado ante el tribunal. Cuando escucharon las macabras palabras, el doctor fue condenado a la horca, pero el irreparable daño estaba hecho porque aunque la Policía persiguiese a los sospechosos, no tenían pruebas. Quizás los crímenes se cometían en recónditos lugares. Tampoco no había control para la gente que había probado aquella carne y habían abandonado Estados Unidos. Los acontecimientos históricos del siglo XX, las dos Guerras Mundiales, matanzas y otros conflictos parecen que han arrinconado este caso, pero siguen los misteriosos casos de canibalismo. ¿Y si son descendientes de quienes comían la gustosa carne del Dr. Brown?

Francesc Xavier Javier Parera Gutiérrez